

## La UE y la cuestión polaca

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador y politólogo

La decisión tomada por el Tribunal Constitucional polaco al afirmar que las leyes y las sentencias de los jueces locales prevalecen sobre los dictámenes del Tribunal de Justicia de la Unión Europea, con sede en Luxemburgo, está desatando un terremoto político que posiblemente no llegue demasiado lejos, si bien inquieta bastante en Bruselas. Y es que ya hay quien empieza a hablar de la salida de Polonia del club comunitario, refiriéndose a ella como el Polexit, en alusión al Brexit. Lo que está sucediendo en ese país de la Europa Oriental no tiene absolutamente nada que ver con la salida de Reino Unido de la UE. El Brexit fue el resultado de unas votaciones perdidas por quienes no querían abandonarla. Sin olvidar su entrada tardía en la entonces Comunidad Económica Europea y que nunca se habían sentido excesivamente satisfechos con los imperativos provenientes de la capital belga. Desde su ingreso, en 1973, siempre hubo un porcentaje importante de británicos no identificados plenamente con el proyecto europeo, incluyendo a algunos de sus líderes. Entre ellos, Boris Johnson, uno de los máximos beneficiados de esta actitud al arrasar en las últimas elecciones.

La adhesión de la ciudadanía polaca a la Unión Europea supera el 80%, es decir, un nivel francamente alto, de manera que no resulta factible pensar en su salida. Ni el ejecutivo polaco ni la formación que lo sostiene, el PiS, jamás han planteado esa posibilidad. Está descartada. Y, por otro lado, los tratados de la Unión impiden a la mayoría echar a uno de sus componentes, de suerte que Bruselas no puede tomar una medida tan trascendental, que pondría en pie de guerra a otras naciones como Hungría o Chequia, por ejemplo. Estos socios, reunidos en el encuentro de Visegrado, constituyen, como tal, un lobby de presión a las decisiones que se toman en aquella ciudad, tratando de constituirse en una especie de contrapoder. No obstante, hay que advertir que no es un grupo tan compacto como pudiera pensarse. Así, las relaciones entre Hungría y Rusia son buenas, habiendo química entre Víctor Orbán y Vladímir Putin. A la inversa, Polonia (como el resto de repúblicas bálticas) desconfía de los planes del Kremlin. Para Varsovia, el acceso a la UE fue una tabla de salvación y, sobre todo, un alejarse de esa influencia rusa que la había asfixiado durante décadas. En mi opinión, su trágica historia determina, en cierto modo, su propia forma de estar en la Unión Europea. Así como la del resto de los estados orientales de Europa. Se trataría de una historia trágica, que, al hablar de Polonia, se concretiza en su desaparición como entidad varias veces en los últimos siglos a manos de sus enemigos. La última, quiero recordar, gracias al pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939 firmado por Ribbentrop y Molotov, que desencadenó la Segunda Guerra Mundial. En definitiva, mencionar sólo la existencia de un gabinete de ultraderecha y eurófobo constituye una explicación reduccionista que no encaja con una realidad tan compleja.

Por esta razón estos países mantienen, en general, posturas recelosas, e incluso desafiantes. Habiendo conocido el abrazo del oso ruso, son partidarios de pertenecer a la Unión Europea, sí, pero en condiciones especiales. ¿Privilegiadas? No lo sé, pues ¿en cuántas ocasiones, sobre todo en el pasado, oímos aquello de las dos velocidades? Es probable que su atormentada historia les conduzca a este tipo de posicionamientos, aun recociendo que se está mejor en la UE que fuera de ella. Resumiendo, Polonia es ahora el miembro que más fondos europeos recibe. Riadas de dinero que han servido para su modernización económica y a las que no quiere renunciar. Evidentemente, esto va en contra de las reglas de juego de Bruselas, que tampoco tiene, sea dicho de paso, gran margen de maniobra. Podrá analizar la sentencia y pegar toques de atención a los dirigentes polacos, pero poco más, salvo que no apruebe el Plan de Recuperación Polaco y no le transfiera los millones de euros que le corresponde. Eso sí podría hacer, ¿aunque sería efectivo? ¿Hasta qué punto no se perjudicaría a sus ciudadanos por querer castigar a su gobierno? Creo que en este aspecto Bruselas tendrá que ser muy cuidadosa en su actuación y no precipitarse. No parece que sea fácil y por eso estoy a favor de soluciones imaginativas que tengan en cuenta la realidad histórica de estos integrantes porque, si no, la UE corre el riesgo de enfrentarse a una crisis muchísimo mayor que la

de la salida de Reino Unido. Ésta, al fin y al cabo, fue el fruto de un deseo lentamente incubado. En el caso que nos ocupa, sin embargo, una fractura traumática dentro de la Unión podría generar enorme frustración en un momento, además, en que Rusia está deseando azuzar las discordias en su seno y atraerse a sus antiguos aliados, esta vez como consecuencia de la desilusión y el desencanto generado en Bruselas y no tanto por una ocupación militar, el amaño de las elecciones o golpes de Estado varios como se produjo entre 1945 y 1948.

9 de octubre de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 13 de octubre de 2021, p. 23